ALGECIRAS

1906: La gran partida del poder en Europa

38. **España entra en juego**
Rosario de la Torre

40. **La carta francesa**
Rosario de la Torre

46. **Herida abierta**
Rafael Sánchez Mantero

51. **Con guante de seda**
Bernabé López

Hace un siglo, la Conferencia de Algeciras tuvo una importantísima incidencia en la política europea y regional. España, tras el Desastre del 98, volvía al concierto de las naciones; Francia y Gran Bretaña inauguraban la Entente, ahondando aún más sus diferencias con Alemania; el reino de Marruecos, bajo el pretexto de someterlo a reformas modernizadoras, fue convertido en colonia

Lyautey, residente general de Francia en Marruecos, condecora al pachá de Marrakech en 1912.

Naciones vivas y naciones moribundas

ESPAÑA ENTRA EN JUEGO

Gracias al complejo juego de intereses imperialistas y de la pugna de alianzas en Europa, **Rosario de la Torre** describe cómo España fue invitada a participar en la Conferencia de Algeciras, donde se configuró no sólo el futuro de Marruecos sino el mundo de las alianzas que entrarían en acción en 1914

A principios de mayo de 1898, el marqués de Salisbury, primer ministro del Reino Unido, pronunció ante el numeroso público que abarrotaba el Albert Hall de Londres el discurso de las naciones moribundas. En él, además de precisar la posición internacional de su país en unas circunstancias dominadas por los movimientos en torno al futuro de China, el político trazó un esclarecedor panorama de la situación internacional que puede resumirse así: la revolución industrial, y su aplicación al desarrollo del armamento, ha dividido el mundo en naciones cada vez más eficientes y poderosas –las naciones vivas– y naciones cada vez más ineficaces y débiles –las naciones moribundas–. Los medios de comunicación, informando de estas debilidades, están ayudando a definir las ambiciones de los poderosos, y como el proceso no parece concluir, el resultado es inevitable, "las naciones vivas se irán apropiando gradualmente de los territorios de las moribundas y surgirán rápidamente las semillas y las causas de conflicto entre las naciones civilizadas", porque "naturalmente, no debemos suponer que a una sola de las naciones vivas se le permitirá tener el beneficioso monopolio de curar o desmenuzar a esos desafortunados pacientes". En ese contexto, la posición de Salisbury aparecía nítida: "Indudablemente, no vamos a permitir que Inglaterra quede en situación desventajosa en cualquier reajuste que pueda tener lugar; por otro lado, no sentiremos envidia si el engrandecimiento de un rival elimina la desolación y la esterilidad de las regiones en las que nuestros brazos no se pueden alargar". Es difícil encontrar una afirmación más descarada de las ventajas de sustituir el choque violento entre imperialismos por la concertación de una política de reparto colonial que, a la altura de 1898, podía tener como objetivos los moribundos Estados chino, persa, otomano o marroquí.

El marqués de Salisbury, primer ministro británico, expuso nítidamente la teoría del reparto amistoso del mundo colonizable.

Concentrándonos en la cuestión marroquí al hilo del centenario de la Conferencia Internacional de Algeciras, podremos reflexionar sobre el complejo proceso histórico en el que se inserta esa Conferencia para –entre otras cosas– entender mejor la posición internacional de España tras la crisis de 1898, los orígenes del Protectorado marroquí y el papel jugado por resolución del conflicto colonial en torno a Marruecos, en la evolución del sistema internacional. Para empezar, conviene tener en cuenta que, en el marco de un sistema internacional muy indeterminado, abierto a distintas posibilidades, en el que estaban cambiando las bases del poder, en el que la alianza franco-rusa fortalecía a París y separaba a San Petersburgo de Berlín, en el que Inglaterra se colocaba a la defensiva y buscaba aliados mientras

Rosario de la Torre es profesora titular de Historia Contemporánea, Universidad Complutense de Madrid.

El sultán de Marruecos Muley Hassan, en una imagen publicada por *La Ilustración Española y Americana*, poco antes de la Conferencia de Algeciras.

Alemania aprovechaba cualquier grieta para recolocarse al alza. Y España, que parecía incluida en el lote de las naciones moribundas en el discurso de lord Salisbury, se involucraría en una de las grandes cuestiones internacionales del momento gracias a la conjunción de la decisión francesa de incorporar Marruecos a su extenso imperio colonial africano, con la posición geoestratégica de los territorios españoles en la región del estrecho de Gibraltar.

Según se verá, en su condición de objeto de las decisiones de los más grandes –Francia e Inglaterra– y sujeto de sus propias decisiones sobre el más débil –Marruecos–, la política exterior española se integraría, entre 1898 y 1914, en el proceso de formación y fortalecimiento de la Entente y, por tanto, en la historia del sistema internacional bipolar que finalmente desembocaría en la Gran Guerra.

Sobre esta base, la historia de la Conferencia de Algeciras puede articularse en torno a tres ejes. Primero, el proceso por el que Francia e Inglaterra pasaron del antagonismo abierto de la crisis de Fachoda, de 1898, al reparto colonial de 1904 y el papel que jugó en ese proceso un determinado reparto de Marruecos entre Francia y España. En segundo lugar, debe entenderse el sentido y las consecuencias de la respuesta de Alemania que, aprovechando las nuevas circunstancias internacionales originadas por la derrota de Rusia a manos de Japón en 1905, forzó la reunión de una Conferencia Internacional sobre Marruecos con la intención de colocar a Francia contra las cuerdas. Finalmente, hay que comprender el proceso por el que el compromiso colonial franco-británico se transformó en una fuerte alianza política, en cuyo marco se materializaría un determinado reparto de Marruecos que se acompañó de la imposición del Protectorado franco-español. ■

Madrid cambia de baraja

LA CARTA FRANCESA

En un ambiente de derrota y aislamiento, el gobierno de Francisco Silvela abandonó la política germanófila para acercarse a los intereses de París. **Rosario de la Torre** explica cómo Marruecos se convertirá en moneda de cambio y en la transacción terminará implicándose Inglaterra. Está fraguándose la Triple Entente, la alianza que se impondrá en la Gran Guerra

En 1898 culminó dramáticamente la crisis final de la política exterior que la España de la Restauración venía realizando desde hacía más de veinte años; primero, con la constatación del poco valor práctico que tenía la orientación hacia Alemania que había caracterizado esa política; después, con el desarrollo de un gran desastre colonial que dejaría pendiente el problema de la búsqueda de una garantía internacional para la vencida metrópoli y sus islas y enclaves adyacentes. En cualquier caso, la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas y la venta a Alemania de Carolinas, Marianas y Palaos transformaron la estructura territorial del Estado y concentraron sus intereses estratégicos exclusivamente en la región del estrecho de Gibraltar, donde se cruzaban los intereses predominantes de sus dos vecinos más poderosos.

Con los ingleses instalados en Gibraltar, desde 1713, y los franceses en Argel, desde 1830, los gobiernos españoles habían vigilado de cerca la evolución de Marruecos y habían considerado las ventajas de aprovechar su debilidad para proteger su flanco sur. Sin embargo, Madrid había constatado, tanto en 1860 como en 1893, que, por más que la relación de fuerzas hispano-marroquí fuera favorable a España, las grandes potencias, dirigidas por Inglaterra y Francia, no tolerarían la acción unilateral española. En Marruecos se cruzaban los intereses estratégicos de España con los económicos y/o estratégicos de Inglaterra, Francia, Italia y Alemania y, mientras no se produjera algún acuerdo de reparto entre los grandes, la cuestión marroquí permanecería cerrada.

Al borde del conflicto

Conviene no perder de vista que el mantenimiento del *statu quo* en Marruecos había tenido mucho que ver con los veinte años de fuerte antagonismo colonial franco-británico, que la alianza franco-rusa de 1893 había fortalecido el antagonismo de esos dos aliados con Inglaterra y que, en el otoño de 1898, franceses y británicos habían estado al borde de un conflicto armado en Fachoda por el control del Alto Nilo. Sin embargo, aunque a finales de 1898 pareciera descartado el menor entendimiento entre Francia e Inglaterra, la situación internacional estaba a punto de transformarse.

En primer lugar, la Tercera República Francesa, tras su grave crisis de 1898 (Fachoda/Dreyfus), imprimió a su política exterior una particular determinación que encarnó su nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Téophile Delcassé, quien, en diciembre de ese mismo año, se sinceraba con uno de sus embajadores: "Para Rusia, como para Francia, Inglaterra es un rival, un competidor cuyos procedimientos son a menudo muy desagradables, pero no es un enemigo y ciertamente no es el enemigo... ¡Ah, mi querido Paléologue, si Rusia, Inglaterra y Francia pudiesen convertirse en aliados

Una batalla de la Guerra de África de 1860, la última intervención militar de España en Marruecos antes de la Conferencia de Algeciras, por Álvarez Dumont, Madrid, Palacio del Senado.

frente a Alemania!". Delcassé llegaba dispuesto a buscar un triple alineamiento anglo-franco-ruso, con un doble propósito: disponer de medios para resistir con éxito cualquier posible agresión de Alemania y preparar una plataforma política con la que obtener ganancias sin el uso de la fuerza, en particular, en Marruecos.

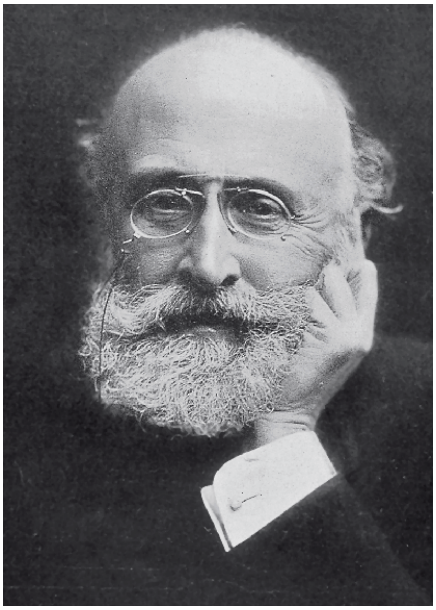
Por otra parte, también empezó a cambiar la política británica. Durante el siglo XIX, Inglaterra, segura de su fuerza económica y naval, dueña del mayor imperio del mundo, se había podido permitir el lujo de no necesitar aliados permanentes. Sin embargo, a finales de siglo, la alianza franco-rusa había unido a sus dos principales adversarios mientras se desencadenaba un nuevo y formidable imperialismo en medio de una no menos formidable carrera de armamentos navales: los británicos necesitaban apoyos permanentes. Aunque el principal condicionante de la política exterior británica de estos años radicaba en la defensa de sus posiciones en Asia oriental, los gobiernos de Londres vigilaban también con atención el Mediterráneo occidental, en general, y Marruecos, en particular.

El último sultán independiente

Pues bien, si durante el último cuarto de siglo, Marruecos, bajo la autoridad del sultán Muley Hassan (1873-1894), no había sufrido graves interferencias europeas, Londres intuía que sus dos vecinos más poderosos estaban dispuestos a hacerlo: España, para controlar el otro lado del mar de Alborán, el entorno de Ceuta y Melilla y el *hinterland* de las Canarias; Francia, para extender la frontera de Argelia. Cualquiera de esas dos interferencias afectaría a la seguridad del estrecho de Gibraltar.

En 1894, la muerte de Muley Hassan y la difícil sucesión de Abd el-Aziz en medio de una crisis generalizada, fue la señal que anunció el final del *statu quo*. Salisbury, primero, y Lansdowne, después, tratarían de evitarlo mientras el Foreign Office empezaba a buscar aliados para sostener la envidiable posición alcanzada en Asia oriental.

El fracaso del acercamiento a Alemania, que Lansdowne patrocinó en 1900, la experiencia de la soledad internacional que Inglaterra padeció durante la guerra anglo-bóer (1899-1902) y la conclusión de un tratado de alianza anglo-japonés en 1902, fueron marcando el camino del cambio en las viejas posiciones de Londres.



Francisco Silvela trató de aproximarse a Francia para contrarrestar la influencia de Inglaterra en el Estrecho.

Práxedes Mateo Sagasta desplazó brevemente a Silvela, pero continuó las negociaciones sobre Marruecos con Delcassé.

Téophile Delcassé, ministro francés de Exteriores, buscó compromisos con Inglaterra en revancha por la presión alemana.

También España, con un prestigio internacional bajo mínimos, hubo de modificar su política exterior tras la crisis de 1898. El Gobierno conservador de Francisco Silvela, que se había hecho cargo del poder en marzo de 1899, estaba obligado a marcar un nuevo rumbo como consecuencia de haberse tenido que enfrentar a Estados Unidos en la más absoluta soledad internacional, de haber perdido dramáticamente los restos del viejo Imperio, de experimentar el temor a que los efectos del Desastre se extendieran a las Canarias y a la bahía de Algeciras y sin flota para defender las costas e islas nacionales y los enclaves africanos.

Garantía internacional

Sin duda, el principal objetivo debía ser conseguir una garantía internacional que impidiese nuevas pérdidas, que ahora podrían afectar a los territorios de la región del estrecho de Gibraltar. Si se tiene en cuenta el comportamiento inamistoso de los ingleses durante la guerra con Estados Unidos, la crisis de las fortificaciones de la bahía de Algeciras y la oferta de Londres de un tratado de satelización, se entenderá perfectamente que Silvela pensara en Francia.

Tras haberse esforzado en mejorar las relaciones con Inglaterra –renunciando a las fortificaciones de la bahía de Algeciras y afirmando su deseo de mantener el *statu quo* en Marruecos– en abril de 1899, Silvela trasmitió a Delcassé una propuesta de gran envergadura: "En el primer rango de nuestros aliados naturales está Francia, a la que no separamos de Rusia. Nos gustaría unirlas a Alemania porque nos parece que una entente sobre tan amplias bases sería la más sólida garantía del mantenimiento de la paz, pues bastaría realmente para hacer fracasar las ambiciones inglesas sin necesidad de recurrir a un conflicto armado". Si la inclusión de Alemania en el bloque propuesto no fuera posible, Silvela se declaraba dispuesto a unirse, en cualquier caso, a Francia y Rusia: "Nosotros les pediríamos que nos garantizasen la integridad de nuestros territorios actuales, comprendiendo en ellos nuestras posesiones africanas, poniendo a cambio, a su servicio, si fuera necesario, las fuerzas militares de las que pudiésemos disponer".

El proyecto de Silvela buscaba la garantía exterior de la integridad española en la formación de un esquema de alianzas posible: la reconciliación de Francia y Alemania y la combinación de estos dos países con Rusia para contrarrestar la preponderancia naval británica. Pero la situación internacional no evolucionó en la dirección deseada por Silvela: ni se formó una alianza antibritánica ni España consiguió la garantía que solicitó a la alianza franco-rusa. Ocurrió algo muy distinto: bajo el impulso de Delcassé, se abrió la cuestión de Marruecos y se pusieron las bases del acercamiento franco-británico.

Algeciras, rescatada del olvido

Algeciras, que había sido en la Edad Media una próspera ciudad portuaria de importancia estratégica para el comercio mediterráneo, era, en 1906, poco más que un pequeño pueblo olvidado en la periferia de España, con unas instalaciones portuarias y urbanas deficientes. Fue probablemente su aspecto poco imponente, que le otorgaba un aire inofensivo a los ojos de los grandes poderes internacionales, lo que explica el que fuera elegida como sede de la Conferencia, con preferencia a las ciudades de Tánger o Madrid.

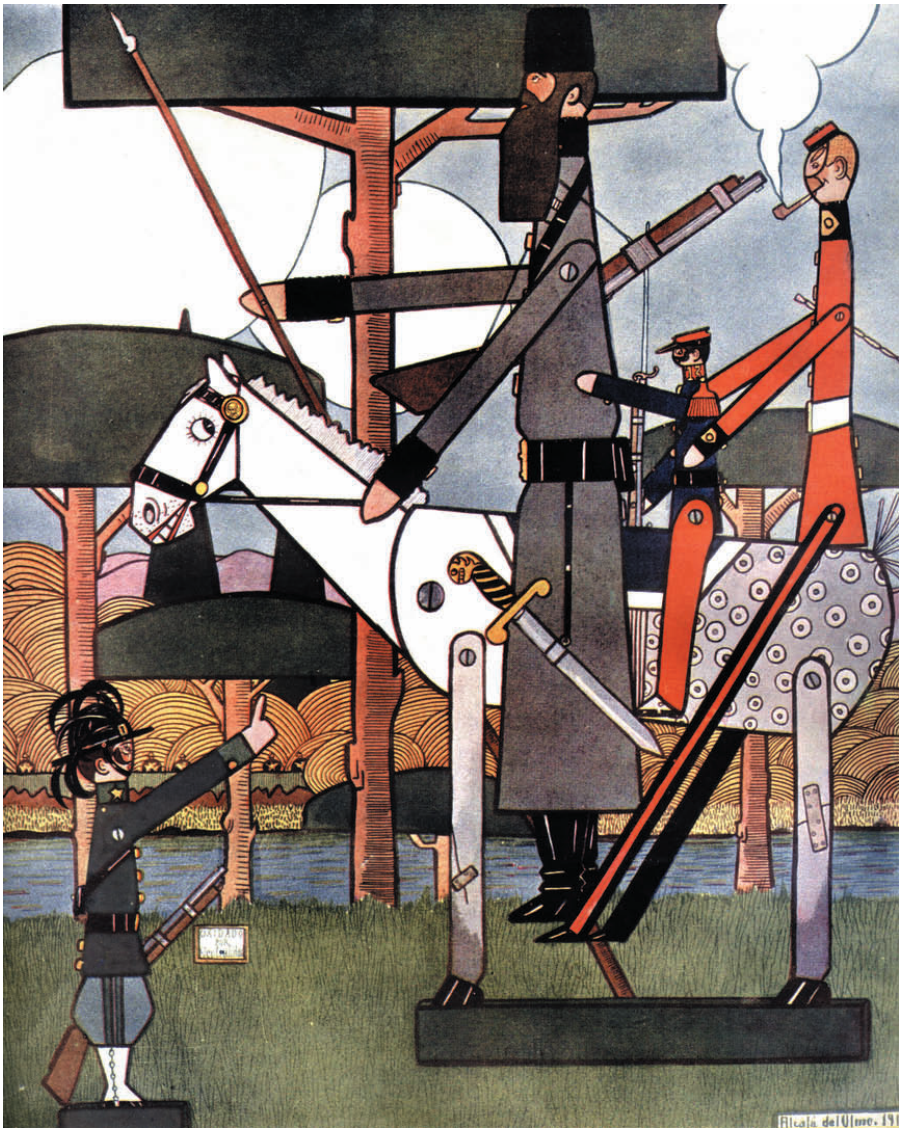
Algeciras ofrecía también las ventajas de acceso por mar y por tren, de gran importancia en una época anterior al transporte aéreo, además de estar cercana a la zona de conflicto. Para Algeciras, la Conferencia internacional sirvió para atraer la atención de las autoridades nacionales, sacándola del olvido administrativo que había sufrido durante todo el siglo XIX.

En líneas generales, la acción de Delcassé buscó el fortalecimiento de la alianza franco-rusa, la amistad de Inglaterra y la disociación de Italia de la Triple Alianza. Dado que en el momento decisivo del estallido de la Gran Guerra, en agosto de 1914, éste fue el esquema que funcionó, podríamos tener la tentación de considerar que la política de Delcassé fue una hábil preparación de la revancha contra Alemania. Pero no parece que fuera así: Delcassé desarrolló su política de manera progresiva, sin que las perspectivas finales se vislubraran al comienzo. Lo que realmente existía en el inicio de su ministerio fue su firme decisión de controlar Marruecos. Esto, y no la revancha, determinó la transformación del sistema internacional entre 1901 y 1904.

Pero Delcassé no empezó buscando un compromiso con Inglaterra, quizá porque estaba convencido de que Londres se opondría ferozmente a sus planes sobre Marruecos y, como consecuencia, decidió que era mejor forzar la situación colocando a los británicos ante el *fait accompli* de sendos acuerdos con Italia y España que respetasen los intereses británicos en torno a Gibraltar, Tánger y el libre comercio. El acuerdo con Italia buscaría mantenerla al margen del reparto de Marruecos; el acuerdo con España satisfaría sus viejas ambiciones, ofreciéndole una zona de influencia que coincidiese con los intereses británicos.

Delcassé desarrolló con éxito la primera parte del plan: sobre la base de los acuerdos comerciales de 1898, se levantaron los políticos de julio de 1902. Italia concentraba sus ambiciones en Tripolitania y Cirenaica con el beneplácito de Francia, que recibía garantías de la neutralidad italiana si se desencadenaba una guerra en respuesta a una provocación alemana. Primera carambola: despejando el camino hacia Marruecos, desactivaba la Triple Alianza.

La segunda parte del plan llevó a Delcassé a negociar personalmente con Fernando León y Castillo, embajador español en París. El ministro estaba seguro del éxito de su iniciativa, porque el Gobierno de Francisco Silvela, como se ha visto, había buscado un acercamiento a Francia, sin ocultar sus intereses en Marruecos. Para preparar el acuerdo sobre Marruecos, Delcassé favoreció primero, en 1900, la negociación sobre las viejas disputas fronterizas entre los territorios



Caricatura que alude al **guiño de Rusia, Inglaterra y Francia hacia Italia**, que se resiste a unirse a ellas en la Entente, publicada en *La Esfera,* en enero de 1915.

franceses en África y las colonias españolas de Río de Oro y Río Muni, un asunto minúsculo que podía entenderse como preludio de una negociación mayor.

Una propuesta tentadora

Todo parecía marchar por el camino previsto tras los primeros intercambios de ideas sobre un reparto de esferas de influencia, cuando la negociación franco-española se vio interrumpida por la caída de Silvela y la negociación hubo de retomarse –siempre a través de León y Castillo– con Práxedes Mateo Sagasta y con su ministro de Estado, el duque de Almodóvar del Río. Delcassé mantuvo su propuesta: una declaración pública en favor del mantenimiento del *statu quo* marroquí, un reparto secreto de Marruecos en dos zonas de influencia, que se aplicaría sobre el terreno cuando la situación variara, y un programa para una acción diplomática concertada.

Aunque el gobierno liberal español reclamara inútilmente una zona de influencia mayor y garantías políticas más concretas, a finales de noviembre de 1902 estaba dispuesto a firmar el compromiso. Sin embargo, una nueva crisis desplazó a los liberales de Sagasta y devolvió el poder a los conservadores de Silvela. Delcassé respiró tranquilo, suponiendo que Silvela culminaría la negociación de manera inmediata. Pero las cosas no sucedieron así, para enfado de Delcassé y satisfacción de Paul Cambon, el influyente embajador francés en Londres, que consideraba excesivas las

concesiones a España. Silvela tenía ahora una percepción distinta de los riesgos de esa negociación y no firmó el acuerdo concluido por Sagasta, convencido de que Inglaterra no lo aceptaría nunca. Delcassé tuvo que modificar su estrategia y buscar, a comienzos de 1903, un acuerdo con Londres, mientras dejaba en suspenso su oferta a Madrid.

Aunque comprensible, el temor español estaba injustificado. Comprensible, si se piensa en la debilidad española y en la escasa concreción de las garantías francesas. Pero un mejor conocimiento de la evolución de las relaciones franco-británicas lo hubiese disipado. En efecto, aunque Delcassé quisiese presentar a Londres el hecho consumado de un Marruecos francés, del que se había retirado Italia y en el que se habían acomodado los intereses de España, el ministro francés fue siempre consciente de que, primero, debía respetar los intereses económicos y estratégicos británicos, y. segundo, de que debería compensar de alguna manera a Inglaterra.

Inglaterra, en medio

Desde que llegó al ministerio, en julio de 1898, Delcassé se había esforzado al máximo por mejorar las relaciones con Inglaterra, con el concurso apasionado de Paul Cambon. El embajador francés en Londres, en estrecho contacto personal, primero con Salisbury, después con el secretario del Foreign Office, Henry Lansdowne, había puesto encima de la mesa las múltiples cuestiones coloniales que habían venido separando a Londres y París durante veinte años, con el evidente deseo de superarlas relacionando unas con otras.

En ese marco, Cambon introdujo, por su cuenta, la cuestión de Marruecos y, en la segunda parte de 1902, mientras su jefe negociaba con España, fue informando al gobierno británico de las intenciones francesas: "... en el hipotético caso de una liquidación general de Marruecos", Francia se reservaría la "influencia exclusiva" sobre la mayor parte del país, se neutralizaría Tánger y se entregaría a España una extensión de la costa mediterránea y de su *hinterland*.

Aunque Lansdowne llevase cuatro años mostrándose reacio ante las incitaciones de Cambon, no podía ignorar que estaba sobre la mesa la oferta francesa de negociar conjuntamente todas

las cuestiones coloniales que interesaban a las dos partes.

Por eso no era tan peligroso el acuerdo ofrecido por Francia. Pero Silvela pareció ignorar la mejora de las relaciones franco-británicas y, tras rechazar la propuesta francesa sobre Marruecos, volvió a intentar que Francia y Rusia garantizaran los territorios de la monarquía española. Delcassé volvió a rechazar tal pretensión y, estimando que España había dejado pasar la oportunidad que le había brindado, se concentró en la negociación con Inglaterra.

La negociación franco-británica incluyó ocho cuestiones: Marruecos, Egipto, Newfoundland, Siam, Nuevas Hébridas, Nigeria, Zanzíbar y Madagascar, que fueron objeto de un formidable regateo resuelto por el sencillo procedimiento del trueque. Concretamente, en lo que a España afectaba, a cambio de un Egipto británico abierto a los intereses comerciales franceses, Londres aceptó un Marruecos francés abierto a los intereses comerciales británicos, siempre que ese Marruecos francés no hiciera peligrar la seguridad de Gibraltar. Eso quería decir que Tánger y las costas más cercanas al Estrecho quedarían neutralizadas y que el vecino del sur de Gibraltar debería ser la débil España, no la fuerte Francia.

El Gobierno de Silvela quedó fuera de juego desde el momento en que Lansdowne aceptó la exigencia de Delcassé de que Francia monopolizase la negociación con España que, en cualquier caso, sería posterior al acuerdo franco-británico. Por más que Londres supiera que España había renunciado a la oferta francesa por temor a su reacción y trasmitiera a Madrid su deseo de que reconociera sus intereses, se impondría la posición que Paul Cambon expresa en una de sus conversaciones con Lansdowne: "Los españoles son un pueblo que tiene dificultades para concretar, no saben cómo llegar a una conclusión, tienen un tipo de mentalidad que prefiere irrealizables pero ilimitadas esperanzas a tangibles pero limitadas realidades... ¿Debería depender nuestro acuerdo de sus sueños y no concluirlo entre nosotros en un tiempo limitado después de haber ido por delante?".

La negociación franco-británica concluyó el 8 de abril de 1904, con la firma por parte de Lansdowne y Paul Cambon de un conjunto de acuerdos de los que interesa de manera particular la Declaración sobre Egipto y Marruecos y los cinco Artículos Secretos que figuraban como su Apéndice.

Asumiendo la realidad

La firma de los acuerdos franco-británicos de 8 de abril de 1904 produjo una profunda impresión en España: primero fue el estupor y el silencio, después la prensa acusó de ineptitud a todos los políticos menos a Silvela, al que protegió su conocida francofilia. La Declaración

afirmaba que el Gobierno francés buscaría un entendimiento con el español sobre sus intereses en Marruecos y, en uno de los Artículos Secretos, se establecía una zona de influencia española en los territorios adyacentes a Ceuta y Melilla y en la región costera que se extendía desde Melilla hasta las alturas de la orilla derecha del río Sebu; pero quedaban muchas cosas que precisar; entre otras, los plazos para llevar a la práctica el reparto acordado.

La negociación franco-española se abrió el 19 de abril. El Gobierno español era consciente de que la posición de Francia era mucho más fuerte que cinco años atrás y que eso se traduciría en la reducción de la zona de influencia española, allí donde no había intereses británicos, es decir, en la valiosa región de Fez; por esa razón, León y Castillo aceptó pronto –el 21 de mayo– la zona de influencia que se le ofrecía, con las tres limitaciones que imponía el respeto a los intereses británicos: la neutralización de la costa, la internacionalización de Tánger y la libertad de comercio.

En los meses siguientes, se discutió la forma que adoptaría el acuerdo. Delcassé quería que los términos del reparto permanecieran secretos; León y Castillo, el reconocimiento público francés de la zona de influencia española. El 19 de junio, León y Castillo aceptó mantener en secreto los detalles de la partición y concentró sus esfuerzos en la reclamación de la inmediata libertad de acción de

El káiser Guillermo II. Berlín ofreció a España apoyo en Fernando Poo si no se comprometía con sus rivales.

El zar Nicolás II. Silvela estaba dispuesto a unirse a Francia y Rusia a cambio del apoyo a sus aspiraciones africanas.

español que, en ningún caso, frenaría su política marroquí.

Cuando volvió a París, a comienzos de octubre, el embajador español le comunicó que estaba en disposición de firmar el acuerdo en los términos establecidos en julio con la pequeña modificación de que, en lugar de la renuncia absoluta a cualquier acción para establecer su autoridad en su esfera de influencia durante el primer período del acuerdo, el Gobierno español prefería asumir el compromiso de no hacer nada en su zona de influencia "sin consultar primero a Francia". Delcassé aceptó y firmó con León y Castillo el acuerdo franco-español, el 3 de octubre de 1904.

Madrid optó finalmente por aceptar la magra ración que le ofrecían Francia e Inglaterra en el pastel marroquí

España en su esfera de influencia. Delcassé lo rechazó, afirmando que cualquier precipitación de España podría provocar un levantamiento marroquí y pretendía, por ello, que durante el primer período del acuerdo –fijado en un máximo de quince años, o menos si colapsaba antes la autoridad del Sultán– España no pudiera hacer nada para afirmar su autoridad en su zona de influencia.

Durante agosto y septiembre, Delcassé, que tenía problemas de salud, se marchó de vacaciones, dejando claro a León y Castillo que ésos eran los términos de la oferta francesa y que sólo esperaba la aceptación o el rechazo

Entre gigantes

El Gobierno español dudó mucho antes de aceptar el planteamiento francés y podía haberlo rechazado, pero eso habría planteado una alternativa: renunciar a una zona de influencia en el norte de Marruecos y aceptar que Francia se colocase al otro lado del mar de Alborán o pretender una zona de influencia más sustanciosa en Marruecos bajo la garantía de Alemania. El dilema se planteó desde el primer momento, ya que el Gobierno de Berlín, contrariado por el acercamiento franco-británico, intentó convencer a Madrid de que no se comprometiera con Francia, ofreciendo su apoyo a cambio de poder establecer bases navales en Fernando Poo y en la costa del futuro Marruecos español. En la decisión fue clave la posición británica, que recomendó a Silvela la firma del acuerdo. En aquella difícil coyuntura, Madrid optó por la magra ración que se le cedía en el reparto del pastel marroquí, pues estaba patrocinada por Francia e Inglaterra.

El fracaso alemán en Madrid llevaría a la diplomacia francesa a fortalecer sus esperanzas de que su acuerdo colonial con Inglaterra sirviera para frenar las maniobras antifrancesas de Alemania. Tales esperanzas se cumplirían después, cuando el Gobierno alemán, convencido de que el acercamiento franco-británico no podría alcanzar una dimensión política sin la destrucción previa de la alianza franco-rusa, se aventure a desencadenar, en 1905, una crisis marroquí con contraproducentes consecuencias para Berlín, pues provocó el estrechamiento de las relaciones franco-británicas y el acercamiento anglo-ruso sobre la base de otro reparto colonial. Se ponían los cimientos de la Triple Entente.

En el proceso que va de los acuerdos de 1904 a los de 1907, España cerraría sus oídos a los cantos de sirena alemanes y se colocaría de manera definitiva en el marco de la Entente. ■

París gana, pero Berlín no cede

HERIDA ABIERTA

Algeciras fue el campo de juego donde, a propósito de Marruecos, las potencias europeas dirimieron sus ambiciones continentales y mundiales. **Rafael Sánchez Mantero** analiza el planteamiento y los pactos, concluyendo que los acuerdos conseguidos no cerraban el contencioso

Los participantes en la Conferencia de Algeciras, en la foto oficial tomada el día de su apertura.

Aunque la Conferencia se ha desarrollado en la pequeña y bonita ciudad andaluza de Algeciras y ha centrado su atención y sus energías en los asuntos de Marruecos, sus orígenes hay que buscarlos no en el sur de España ni en el Norte de Marruecos, sino en el centro de Europa", comenzaba la crónica del diario londinense *The Times* el día 9 de abril de 1906, al informar sobre la clausura de la Conferencia de Algeciras. El encuentro –abierto el 16 de enero y clausurado el 7 de abril de 1906– era un simple episodio del juego político que se desarrollaba en Europa y en el que se dirimía la balanza de poderes en el Viejo Continente.

Las grandes potencias europeas estaban agrupadas en dos grandes bloques desde finales del siglo XIX. Por una parte, la llamada Triple Alianza, formada en 1882 por Austria-Hungría, el Imperio alemán e Italia; por otra, la más joven Dual Alianza formada una década después por Francia y Rusia. Inglaterra, por su parte, se mantenía en su "espléndido aislamiento", atenta a cualquier ruptura del equilibrio para salvaguardar la situación establecida en el continente.

En este estado de cosas, tuvo lugar una serie de acontecimientos en Extremo Oriente, provocados por el choque que se desencadenó entre Rusia y Japón en 1904. Rusia perdió la guerra un año más tarde y quedó muy debilitada a causa de las concesiones que tuvo que hacer al vencedor. Su posición y su prestigio se vieron gravemente afectados. Al no poder continuar su política de expansión por el Asia oriental, su atención se volvió hacia las cuestiones balcánicas y hacia el dominio del mar Negro.

En ese escenario, podía producirse un choque de intereses con Austria-Hungría y también con Alemania. Así pues, como consecuencia de la derrota de Rusia en Asia y como resultado de la reorientación de la política del zar Nicolás II hacia Europa, se erosionaron las bases sobre las que se había edificado la política exterior alemana. Pero, por otra parte, esa ruptura del equilibrio europeo jugaba en favor de la Triple Alianza. Alemania parecía poder aprovechar las circunstancias mejorando su posición en Europa a costa de Francia.

El Gobierno de París, a través de su ministro de Exteriores Théophile Delcassé, se movió rápidamente con el objeto de buscar alianzas que compensaran el debilitamiento de su aliado del este. También Inglaterra gravitó hacia Francia para evitar cualquier intento de modificar el *statu quo* en Europa. Los acuerdos entre ambas potencias dieron lugar al establecimiento de la Entente, que no tardaría en tener sus consecuencias en el tablero europeo.

La Entente sembró la alarma en Berlín y todas sus acciones diplomáticas se dirigieron a partir de entonces a atacar a Delcassé como artífice de una política que trataba de aislar a Alemania en el continente europeo y de separarla de Inglaterra. El káiser Guillermo II necesitaba, si no el apoyo, sí el consentimiento de Inglaterra para lanzarse a desarrollar su *Weltpolitik* destinada a conseguir nuevos mercados y nuevas colonias en otras partes del mundo. Marruecos fue el escenario escogido por Alemania –cuya política dirigía el canciller Von Bulow– para llevar a cabo su campaña de acoso a Delcassé y desbaratar la Entente franco-inglesa.

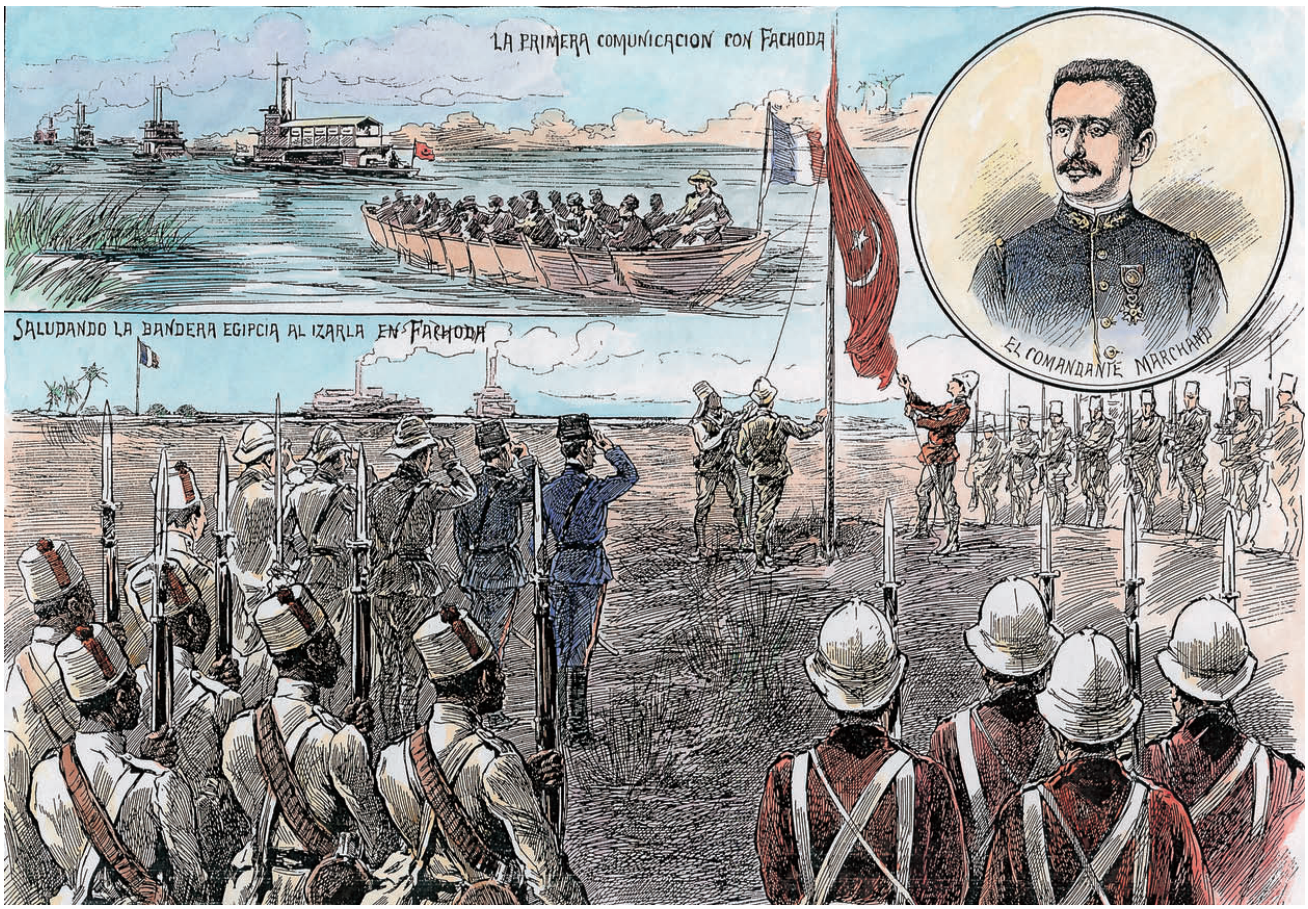
El zar **Nicolás II y el presidente francés Loubet**, durante una visita oficial del zar a París, en 1901.

Territorio en disputa

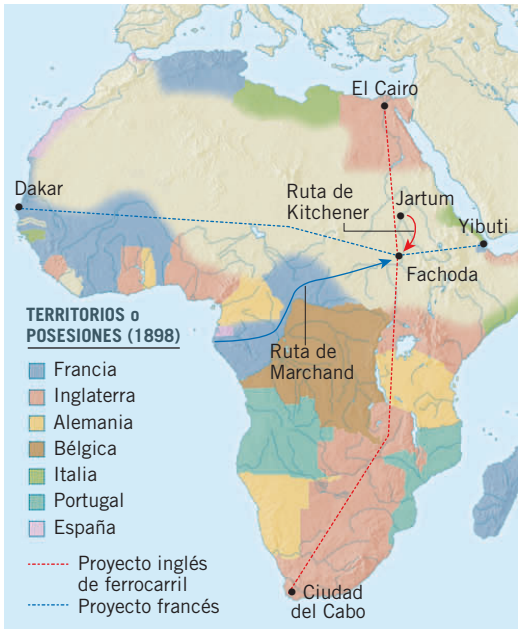
Francia había conseguido que los intereses de España no se interpusieran en sus planes de expansión por el Norte de África, gracias a un acuerdo con el Gobierno de Madrid. Este acuerdo se basaba en el reparto del país. Además de una zona del Sahara al sur del Dar'a, los acuerdos del 6 de octubre de 1904 reconocían como española una estrecha franja costera desde el Atlántico hasta el río Muluya, junto con Tetuán y Larache. A cambio, se hizo una concesión a Inglaterra consistente en ceder a Tánger la condición de ciudad internacional. Al fin y al cabo, a Inglaterra tampoco le interesaba que Francia se quedase en exclusiva con la costa sur del Estrecho, paso que ella controlaba desde Gibraltar. De todas formas, Francia quedaba en libertad para llevar a cabo una política de penetración pacífica por el imperio cherifiano que tenía, al parecer, como propósito final la creación de una vasta dependencia en esta parte de África que abarcara, además, a Argelia, Túnez, el Sudán francés y algunos otros territorios.

Rafael Sánchez Mantero es catedrático de Historia Contemporánea, Universidad de Sevilla.

Pleito en el Alto Nilo



Llegada de Marchand a Fachoda, según un dibujo publicado en *La Ilustración Española y Americana.*



El **reparto colonial de África** en el momento en el que se produjo el incidente de Fachoda, en 1898.

A finales del siglo XIX, en un intento por controlar y explotar mejor sus colonias, Gran Bretaña proyectaba construir un ferrocarril entre El Cairo-El Cabo, que recorriera África de norte a sur (Egipto, Sudán, Kenia, Tanzania, Zambia, Zimbabue, Sudáfrica). Igualmente, Francia pretendía unir sus colonias de oeste a este (Dakar-Yibuti, por el sur del Sahara). Ambas potencias deberían resolver algunos pasos políticamente complejos y atravesar tierras que apenas controlaban, pero había un punto especialmente arduo: el sur de Sudán, donde se cruzaban ambos proyectos.

A explorar el camino partió del Congo francés el comandante Marchand, con 150 soldados metropolitanos y algunas tropas coloniales, en 1896. El 10 de julio de 1898, Marchand se apoderó de los fuertes de Fachoda (actual Kodok). Inglaterra envió al general Kitchener, que acababa de vencer al Mahdi, a interceptar esa expedición. Con 3.500 hombres alcanzó Fachoda el 18 de septiembre de 1898.

Tras la inevitable tensión, el francés, consciente de su inmensa inferioridad, se avino a compartir el lugar sobre el que ondearon las banderas británica, francesa y egipcia (de donde dependía Sudán) a la espera de la decisión de sus metrópolis. Gran Bretaña, respaldada por una indudable superioridad militar en la zona y un incontestable dominio naval, impuso sus argumentos y, el 3 de noviembre, Marchand recibió la orden de evacuar Fachoda.

El incidente dejó honda amargura en Francia, cuyos proyectos fueron desbaratados por el poderío británico. Los acuerdos de 1904 restañaron las heridas.

José Díez-Zubieta

En enero de 1905, Delcassé envió una misión diplomática a Fez invitando al sultán Abd el-Aziz a "restaurar el orden en su imperio con la ayuda de Francia". Ya en 1901 y 1902, el ministro francés había obligado al Sultán a firmar un acuerdo sobre la frontera entre Argelia y Marruecos. Además de definir esta frontera, el acuerdo contemplaba el establecimiento, por parte de Francia, de una administración para controlarla y para crear puestos de aduana.

La pacificación de esta área había sido confiada al coronel Hubert Lyautey, el cual contribuyó a extender rápidamente la influencia francesa hacia la orilla del Muluya. Desde entonces, el sultán Abd el-Aziz se había visto obligado a solicitar préstamos al extranjero y sabía que tarde o temprano tendría que hacer concesiones políticas. Si ahora Abd el-Aziz aceptaba la propuesta de la misión diplomática francesa, perdería definitivamente su independencia. La intervención de Alemania, dispuesta a participar en la tarta de Marruecos y a no dejar las manos libres a Francia en el Norte de África, se produjo mediante la visita inesperada de Guillermo II a Tánger, el 31 de marzo de 1905 (véase *La Aventura de la Historia*, núm. 77).

Crisis, dimisión y mediación

La crisis desatada por esta visita provocó la dimisión de Delcassé y la convocatoria de una Conferencia internacional, a propuesta de Alemania y Marruecos. La resistencia que en un principio opuso Francia a la reunión fue vencida gracias a la intervención del presidente norteamericano Theodore Roosevelt, que ya había participado en la Conferencia de Madrid, en 1880, sobre Marruecos. Para tratar de deshacer la Entente, Alemania tomó además otra iniciativa: en julio de 1905, Guillermo II propuso al zar Nicolás II un acercamiento mutuo mediante la firma de un tratado defensivo en la ciudad finlandesa de Bjorkö, que en realidad nunca llegó a ponerse en vigor.

La "pequeña y bonita ciudad andaluza" de la que hablaba el enviado especial de *The Times* era a comienzos del siglo XX una población de poco más de 20.000 habitantes, que basaba su desarrollo en su puerto, potenciado con la llegada del ferrocarril, en 1892. La vecindad de Gibraltar le había permitido, como a otras poblaciones de la zona, vivir durante el siglo XIX con cierta dependencia de la actividad económica de la colonia inglesa y participar del lucrativo contrabando que se llevaba a cabo a través de la frontera y de su puerto. En 1906, su posición geográfica en la zona del Estrecho frente a la costa africana la iba a convertir en el lugar más idóneo para la celebración de la conferencia internacional en la que se iba a decidir el futuro de Marruecos.

Bajo el patrocinio español y la presidencia del ministro de Exteriores, duque de Almodóvar del Río, acudieron a Algeciras los representantes de Francia, España, Alemania, Gran Bretaña, Austria-Hungría, Bélgica, Estados Unidos, Italia, Holanda, Portugal, Rusia, Suecia y Marruecos. Los acompañaban sus respectivas delegaciones de funcionarios y diplomáticos que, junto con una gran cantidad de periodistas, curiosos y turistas, convirtieron a Algeciras durante tres meses en una población cosmopolita, con gran ambiente festivo, como reflejaban los comentarios de Javier Betegón, corresponsal del diario madrileño *La Época* y autor de un libro titulado *La conferencia de Algeciras. Diario de un testigo* (Madrid, 1906).

La agenda de la Conferencia estaba dividida en seis secciones:

– Importación de armas y municiones.

– Creación de una policía propia.

– Fundación de un Banco estatal de Marruecos.

– Mejora del sistema impositivo y creación de nuevos tributos.

– Elaboración de un nuevo reglamento de aduanas para combatir el fraude y el contrabando.

– Servicios y obras públicas.

Las reuniones, que tuvieron lugar en los salones del Ayuntamiento algecireño, comenzaron el 16 de enero de 1906 y se prolongaron a lo largo de tres meses, en los que hubo desencuentros entre los participantes y no pocas tensiones en el curso de los debates.

El coronel **Hubert Lyautey**, al que correspondió la pacificación de la frontera entre Argelia y Marruecos

Las delegaciones diplomáticas, los políticos y los turistas convirtieron Algeciras en una ciudad cosmopolita

Francia juega duro

La Conferencia trató, en primer lugar, de cuestiones previas de menor importancia. Pero las diferencias comenzaron a manifestarse cuando se planteó la creación de un Banco internacional del Estado en Marruecos. Francia, a través de sus representantes Révoil y Régnault, solicitó una privilegiada participación en el mismo y que todos los pleitos que se originasen en el banco fuesen resueltos ante los tribunales franceses. Pretendía, además, dirigir la organización de la policía marroquí, con una cierta participación, en todo caso, de España.

Los diplomáticos alemanes Von Radowitz y Von Tattenbach se opusieron a estas pretensiones. Lo prioritario debía ser la eficacia del banco y la igualdad de derechos y oportunidades para los clientes, es decir, trataban de que no fueran discriminadas sus empresas en Marruecos. Respecto a la policía, intentaron que estuviera bajo el control de representantes neutrales, lo que significaba la exclusión de Francia. Y, para concluir, amenazaron con retirarse de la Conferencia si no se les hacía caso.

No se lo hicieron. Francia, desde su privilegiada posición, sólo accedería a realizar algunas concesiones de menor importancia y, pese a sus protestas,

Berlín no tendría más remedio que aceptar los acuerdos generales.

Las sesiones de la Conferencia de Algeciras se prolongaron más de lo previsto. En el transcurso de los meses, además del trabajo en torno a la agenda, las delegaciones tuvieron tiempo de hacer visitas y excursiones, de presenciar alguna que otra corrida de toros y de asistir a varios banquetes y bailes de gala.

El Sultán reina; Francia gobierna

Finalmente, el Acta que cerraba la Conferencia fue suscrita el 7 de abril de 1906. En ella, las potencias signatarias reconocían que "el orden, la paz y la prosperidad" sólo pueden reinar en Marruecos "mediante la aplicación de reformas basadas en el triple principio de la soberanía y la independencia de Su Majestad el Sultán, la integridad de sus Estados y la libertad económica sin ninguna desigualdad".

Los acuerdos quedaban estructurados en seis capítulos que respondían al orden establecido en la agenda de trabajo elaborada previamente. El primero de ellos se refería a la organización de la policía, cuyos miembros serían reclutados entre los musulmanes marroquíes que tendrían oficiales e instructores españoles y franceses, los cuales prestarían cinco años de servicio en los que organizarían la policía cherifiana. Se crearía la figura de un inspector general para esta policía, cargo que sería desempeñado por un oficial del ejército de Suiza y que tendría como lugar de residencia la ciudad de Tánger.

El capítulo segundo del Acta prohibía la importación y el comercio de armas en todo el imperio cherifiano, excepto los explosivos destinados a la industria y a las obras públicas y las armas destinadas a las tropas del Sultán. El contrabando en la frontera de Argelia sería competencia de Francia y de Marruecos, y en el Rif y en las fronteras con las posesiones españolas, sería asunto exclusivo de España y de Marruecos.

El capítulo tercero contemplaba la creación del Banco estatal de Marruecos. La concesión del banco correspondería al Sultán y se haría por cuarenta años. El banco podría emitir en exclusiva billetes y actuaría como tesorería-pagaduría del Imperio. La intervención en el banco sería dirigida por cuatro censores nombrados por Francia, Inglaterra, España y Alemania. El banco se dividió en quince partes, de las que Francia obtenía tres, y las demás potencias una cada una. Las demandas judiciales y los pleitos que se interpusiesen ante el banco, cuya sede central se establecería en Tánger, habrían de ser resueltas en última instancia por un tribunal suizo.

El capítulo cuarto abordó la cuestión impositiva. Se establecía un impuesto único, el *tartib*, aplicable a los súbditos marroquíes. Se autorizaba a los extranjeros a comprar propiedades en todo el territorio de Marruecos y se preveía el establecimiento de los tributos que habrían de gravar las construcciones urbanas y una serie de productos.

El capítulo quinto incluía un reglamento sobre las aduanas y sobre la represión del fraude y del contrabando. Y por último, el capítulo sexto, que trataba sobre los servicios y las obras públicas, establecía la garantía por parte de las potencias signatarias de que ninguno de ellos sería alienado por intereses particulares, sino que estarían al servicio de los intereses generales.

El extenso documento constaba de 123 artículos, seguidos de una declaración de Estados Unidos en la que se eximía de obligaciones y de responsabilidades en la ejecución de los acuerdos, y de un Protocolo adicional por el que se establecía la fórmula para que el documento fuese ratificado por el sultán de Marruecos.

Alemania no se resigna

En lo que se refiere a la disputa entre las potencias que habían intervenido en la Conferencia, quedaba claro que Alemania hubo de aceptar las propuestas francesas que había esperado derrotar. Francia obtuvo una influencia predominante en Marruecos con el apoyo de Inglaterra e Italia, aunque dicha influencia estaba limitada por los acuerdos adoptados por todas las potencias.

Ahora bien, al internacionalizarse la cuestión de Marruecos, Alemania –decidida a que no se la considerase *parte menor* en las negociaciones– había conseguido, al menos, poner una serie de obstáculos en el camino de su rival. La cuestión marroquí no quedó cerrada en la Conferencia de Algeciras y Alemania era todavía capaz de intervenir si Francia actuaba de forma imprudente.

Berlín no tardaría en demostrar pocos años más tarde que no se conformaba con jugar un papel de comparsa, como pondría de manifiesto en las nuevas crisis y en las negociaciones de los acuerdos franco-alemanes de 1909 y 1911. De todas formas, la tensión entre estas naciones iría creciendo de tal manera a partir de la Conferencia de Algeciras, que cualquier accidente podía poner en peligro la paz europea, como iba a suceder en 1914. ■

De Algeciras al Protectorado

CON GUANTE DE SEDA

El tratado de abril de 1906, bajo palabras amables y buenos deseos de reforma, ocultaba un reparto colonial. **Bernabé López** analiza el efecto desestabilizador que la creciente presencia extranjera supuso para las estructuras político-económicas del reino de Marruecos

Reformas fue la palabra clave del Tratado de Algeciras. La gran justificación para una tutela europea sobre Marruecos, que acabaría en casi medio siglo de colonización. En el preámbulo del tratado se invocaban grandes principios: "Inspirándose en el interés de que el orden, la paz y la prosperidad reinen en Marruecos, y habiéndose reconocido que ese preciado fin sólo podrá alcanzarse mediante la introducción de reformas…". En ese preámbulo se definía el marco en el que se habían de introducir unas primeras reformas que concernían a la policía, las fronteras, las aduanas, la economía y las obras públicas en Marruecos. Paradójicamente, se decía defender la integridad e independencia marroquí pero, por el contrario, se procedía a una división y reparto del territorio entre Francia y España, concediendo, además, competencias para efectuar dichas reformas a los países que firmaron el Acta de Algeciras.

La palabra "reformas" era percibida desde Marruecos de dos maneras bien distintas al sentido determinado por las potencias europeas. Abdallah Laroui, en *Orígenes sociales y culturales del nacionalismo marroquí*, distingue esos dos matices diferentes, que provenían

Muley Abd el-Aziz subió al trono en 1894, a los 14 años (retrato publicado en *La Esfera* tras su derrocamiento).

Bernabé López García es profesor titular, Taller de Estudios Internacionales Mediterráneos, UAM.

de los dos sectores influyentes del país: de un lado, la administración del *Majzén* (Gobierno del Sultán) que entendía la reforma en el sentido de *nizám*, como una "reestructuración" del ejército y del aparato del Estado, en línea con aquellas modificaciones que los otomanos introdujeron en el XIX; de otro, los alfaquíes, guardianes de la tradición y de la ortodoxia, que la entendían como *salah*, lo que suponía una "mejora" en otro orden de cosas más moral que económico. Pero ni la una ni la otra iban en el sentido que le daban los europeos.

Muley Hafiz pasea en su carruaje oficial en una calle de Casablanca, en una postal francesa. Tras alzarse contra su hermano Abd el-Aziz en 1907, logró deponerle en enero de 1908.

Tradición o apertura

Desde la guerra con España de 1859-60, con la injerencia exterior que supuso, permitiendo la inspección y control de sus aduanas para poder pagar la deuda de guerra, promoviendo el establecimiento de población europea y el desarrollo de una relación económica más intensa, los sultanes marroquíes habían padecido una crítica interior que pretendía deslegitimarlos en nombre de la ley religiosa, que les acusaba de estar al servicio de los extranjeros.

El dilema era preservar las costumbres ancestrales o abrirse a una presión exterior cada vez mayor. Felipe Ovilo, médico de la Legación española en Tánger a finales del siglo XIX, lo contaba en *Estudios políticos y sociales sobre Marruecos*, que publicó en 1881 en la *Revista Contemporánea*, con estas palabras: "Si fuera posible el aislamiento del Mogreb, como ya lo procura su Gobierno por instinto de conservación, tal vez se conseguiría prolongar su mísera existencia; pero el comercio, vanguardia de la civilización en esos pueblos, abre un camino, que en vano quieren cegar las impotentes fuerzas de los sultanes, que desde las batallas de Isly y Tetuán han demostrado sobre cuán débil cimiento se levanta el imperio marroquí".

Muley Hafiz fue proclamado sultán en Marrakech, en 1907, por quienes se oponían a las concesiones de su hermano Abd el-Aziz.

Las reformas, escasas, que trataron de imponerse en la administración a fines del XIX, chocaron siempre con el principal problema de la imposibilidad económica de llevarlas a la práctica. Se intentó, como había hecho, por ejemplo, Mohamed Alí en Egipto décadas antes, enviar misiones de estudio a los países europeos con el fin de preparar a jóvenes para las tareas del *Majzén*, especialmente el ejército, pero, a juicio de un historiador local contemporáneo como el Nasiri, no produjeron los resultados esperados por carecer de una formación previa y ser un número exiguo –entre 1874 y 1888, fueron enviadas a Europa unas 350 personas– "frente a una administración relativamente numerosa, arcaica, compleja, casi ritual", en expresión del citado Laroui.

Fuga de súbditos

La soberanía del Sultán había ido mermando en otras esferas internas. No se trataba ya de la ausencia de control sobre el territorio insumiso, el conocido como *bled siba*, que se extendía por regiones montañosas como el Rif o determinadas zonas del Atlas, sino de individuos y hasta de algunas tribus que escapaban de la influencia y control del *Majzén* y pasaban a convertirse en *protegidos* de los europeos. El fenómeno

crecía favorecido por el incremento de la presencia extranjera, que acudía al socaire de la liberalización del comercio. Cada comerciante extranjero lograba tener a su alrededor algunos protegidos y esta institución, la *hmaya* (protección), llegó a extenderse entre sectores numerosos de la élite que trataban evitar los abusos del poder central.

El Sultán, alentado por los sectores tradicionalistas de los ulemas que veían en los *protegidos* "musulmanes desobedientes o renegados", llegó a convocar varias reuniones internacionales para regular el tema, que concluirían en la Conferencia de Madrid de mayo de 1880. Antonio Cánovas, anfitrión de la conferencia, haría referencia en su discurso a las inevitables reformas que el vecino país necesitaba para incorporarse al concierto de las naciones: "Otro lazo debe de unir todavía a esas mismas potencias: el deseo de conciliar, con el reconocimiento de sus derechos, establecidos por estipulaciones solemnes, las necesidades de orden interior que se imponen a todo Gobierno, y el firme propósito de facilitar al de Marruecos los progresos que le permitirán, por la reforma gradual del estado social del país, llegar a ser él mismo el primer protector de las personas y de los intereses que salvaguardan los Tratados".

A la merma de su soberanía política se sumó la deslegitimación promovida por ideólogos y hombres de religión que acusaron al Sultán de alejar al *Majzén* de las reglas de la *charia* o ley religiosa, lo que le exponía a ser sustituido por su incapacidad para hacer cumplir la ley y por violar el pacto de la *bay'a,* mediante el que había sido reconocido como soberano y que le imponía como principal obligación la defensa de las fronteras. Tal amenaza terminaría con el sultán Abd el-Aziz, en 1908.

Fotografía de la **entrada del Káiser en Tánger** en 1905. La visita fue un recordatorio alemán de las pretensiones de Berlín al reparto africano, lo que alarmó a París y Londres.

La legitimidad perdida

Muley Abd el-Aziz había subido al trono en condiciones confusas en 1894, cuando contaba con 14 años, a la muerte de su padre Muley Hassan. Su entronización precipitada se debió a las maniobras del visir Ba Ahmed en contra del primogénito Muhammad, a quien encarceló junto con sus partidarios. Un ambiente de guerra civil marcó su llegada al poder y no cesó hasta su destronamiento. A los 18 años, a la muerte de Ba Ahmed, debió enfrentarse a las guerras internas de una corte dividida entre los partidarios de Francia, como su ministro de Asuntos Exteriores, o los de Inglaterra o Alemania, como su ministro de la Guerra. Pero ni unos ni otros estaban dispuestos a afrontar las reformas demandadas desde el exterior, sino tan sólo a preservar el *statu quo* general y sus privilegios, no dudando para ello en mantener al soberano alejado de sus tareas de gobierno, aprovechando su fascinación por las fiestas, las novedades técnicas y los regalos.

Como ya ocurriera con Egipto o Túnez, la colonización vino precedida del agotamiento económico. El gasto público había ido incrementándose, requiriendo nuevos créditos, algunos a intereses exorbitantes. Los impuestos, escasos y mal administrados, y la recaudación de las aduanas, muchas veces desfalcadas, llevaron al país al borde de la bancarrota. Cuenta Abdallah Laroui que para crear un cuerpo de policía moderna en Tánger –una de las disposiciones del Tratado de Algeciras– el Gobierno hubo de pedir préstamos a cualquier precio e, incluso, en 1907, llegó a solicitar a su ministro de Hacienda que hi-

Desembarco de pasajeros en el puerto de Casablanca a principios del siglo XX, en una postal francesa. Todo un símbolo de la creciente influencia europea en el Magreb.

potecase las joyas de la corona para poder mantener a la administración.

Todo esto tendría consecuencias sobre el ejercicio del gobierno. El desprestigio del *Majzén* fue acompañado por el desarrollo del bandolerismo, que amenazó el orden, especialmente en las regiones donde abundaba la población europea como en los alrededores de Tetuán. Se incrementó, también, el poder de algunos grandes caídes, que se comportaban como señores feudales.

Poderes discutidos

Alguno de éstos, como Ahmad el-Raisuni, llegaría, incluso, a utilizar el bandidaje, secuestrando a personajes influyentes como el periodista británico Walter Harris. Famoso fue, también, el traficante de armas Perdicaris, que se hizo reconocer caíd por el Sultán, logró establecer un pequeño imperio en el norte marroquí y se construyó un palacio en Arcila. Otros, al sur, como el caíd El Glaui, hicieron lo propio en torno a Uarzazat y a la fortaleza de Teluet, o como el caíd Mtugui, en la Mtuga, y el caíd Gundafi, en las proximidades del puerto de montaña del Tizi n'Tichka.

La deslegitimación del soberano llegó, incluso, por la vía de los pretendientes al trono, que usurparon el nombre del hermano mayor de Abd el-Aziz, Muhammad, apartado del trono. Fueron varios los que, en los últimos años del siglo XIX, dirigieron movimientos legitimistas, algunos de ellos en Taza, donde surgió el más conocido de todos, Yilali al-Zarhuni, apodado el Roghi Bu Hamara, que llegó a proclamarse sultán en dicha ciudad de Taza, en 1902.

La revuelta que acaudilló y que se extendió hasta los confines de Argelia y la región de Melilla le dio tal poder, que se atrevió a hacer concesiones de terrenos y yacimientos, como la de las minas de Beni Bu Ifrur, efectuada por 99 años en 1904, en favor de una compañía francesa. En 1907, hizo lo propio con la Compañía Española de Minas del Rif, lo que llevó a las autoridades españolas de Melilla a contemporizar con Yilali al-Zarhuni, instalado en su plaza fuerte de Zeluán, hasta su caída en 1909. Pero la gran contestación a Abd el-Aziz provino de su hermano mayor, Muley Hafiz, alentado por una oposición religiosa tradicional que acusaba al monarca de entregarse a los extranjeros. Para contrarrestar las críticas, Abd el-Aziz había tratado de resguardar sus decisiones tras la consulta a los representantes de las tribus y poblaciones de las regiones que controlaba –el *bled majzén*.

La *chura* o consulta era una institución de buen gobierno islámico y bajo ese paraguas religioso convocó, en 1901, un *Maylis al-a'yan* o Asamblea de notables para estudiar la propuesta inglesa de un programa de equipamiento y, años más tarde, en 1904, para estudiar otro programa francés de reformas. Pero para entonces había cuajado, sobre todo en Fez, una oposición urbana en torno a una personalidad como Muhammad al-Kettani, amparado por el prestigio de su *zagüía* (cofradía religiosa), que llegaría a inspirar una *fetua* responsabilizando a los extranjeros "de nuestra decadencia, nuestra anarquía, nuestras luchas intestinas, la pérdida de nuestra independencia, nuestra ruina".

A costa de Marruecos

La Declaración franco-británica relativa a Egipto y Marruecos de 8 de abril de 1904, conocida como la Entente Cordiale, otorgaba a Francia un derecho de preeminencia en Marruecos, si bien reconocía al norte de este país la posibilidad de una influencia española. Francia e Inglaterra, según el texto del acuerdo, "inspirándose en sus sentimientos de sincera amistad con España, toman en especial consideración los intereses que este país deriva de su posición geográfica y de sus posesiones territoriales en la costa marroquí del Mediterráneo". Ello suponía el fin del *statu quo* mantenido con tanto equilibrio e intrigas en Marruecos y no se hizo esperar la protesta alemana. El propio káiser Guillermo II desembarcó en Tánger el 31 de marzo de 1905, advirtiendo que la modificación del estatuto marroquí no podía hacerse al margen de una decisión colectiva de las potencias. De ahí nació, como ya se ha visto en los artículos anteriores, la idea de la Conferencia internacional de Algeciras.

La creciente presencia extranjera en Marruecos provocó en 1907 la primera expresión de un nacionalismo marroquí

La figura de Muley Abd el-Aziz se resentía progresivamente con el aumento de los extranjeros y de su influencia. Los incidentes sangrientos acaecidos en el puerto de Casablanca, en agosto de 1907, en los que murieron unos obreros europeos en las obras de ampliación y modernización, dieron pretexto para el bombardeo de la ciudad por parte de la Armada francesa, apoyada por el buque español *Álvaro de Bazán,* seguido por un desembarco de tropas.

Abd el-Aziz no supo dar una respuesta

convincente a sus súbditos y fue desbordado por los acontecimientos. Mientras los opositores, como al-Ketni, corrieron en apoyo de los damnificados, él responsabilizó de lo ocurrido al "populacho de los alrededores dedicado al pillaje y al asesinato", lo que pareció una claudicación ante los extranjeros.

No es de extrañar, pues, que tan sólo once días después del bombardeo y ocupación de Casablanca por los franceses, el 16 de agosto de 1907, Muley Hafid fuera proclamado sultán en Marrakech. El movimiento en favor del pretendiente ha sido considerado como la primera expresión de un nacionalismo marroquí.

Una premonición

Algo de esto entreveía Ramiro de Maeztu en un artículo publicado en 1907 en la revista africanista *España en África*, al considerar que "la proclamación de Muley Hafiz en Fez (…) es el primer paso de una resurrección que se volverá contra sus provocadores (...) Nos es demasiado evidente la existencia de un alma noble en Marruecos. Es verdad que duerme, que duerme hace siglos, pero también lo es que puede despertar, que despertará seguramente si la hostigan". Y acababa expresando su desacuerdo con una acción militar que habría de provocar el efecto contrario del esperado: "Nosotros, españoles, sabemos que toda acción militar sobre un pueblo fundamentalmente patriota y altivo como es el marroquí tiene que determinar forzosamente una reacción espiritual funesta para los invasores".

Marruecos quedaba dividido en dos, las ciudades de la costa apoyando a Abd el-Aziz y las del interior, a su hermano Muley Hafiz. Con éste estaban todos los grandes caídes del sur y, también, algunos del norte, e incluso el impostor Roghi Bu Hmara se mostró dispuesto a reconocerlo, a cambio de su designación como representante del nuevo sultán en la zona de Uxda. La batalla final se dirimió en Fez, donde reinó durante casi medio año un clima de protesta a causa de los nuevos impuestos y de intrigas entre partidarios de los sultanes.

La balanza se inclinó a favor de Muley Hafiz tras un proceso de deposición de Abd el-Aziz, llevado a término el 4 de enero de 1908. La destitución se hizo de la manera más acorde con la tradición musulmana, tras la consulta de las personas influyentes, la presencia de notarios, y la decisión de los ulemas que consideraron al soberano reinante incapaz de defender el país frente a los extranjeros, cada vez más presentes en la frontera con Argelia, en los confines del Sahara, en la región de Casablanca y en las proximidades de Larache y Alcazarquivir, en donde los españoles tomaban posiciones para evitar que los franceses se instalasen más allá de donde les correspondía en el reparto a que secretamente habían procedido.

Postal española con la figura de un **campesino del norte de Marruecos**. A España le correspondió tan sólo una pequeña franja en el reparto del imperio cherifiano.

Impuestos ilegales

Otras acusaciones de los ulemas para justificar la deposición de Abd el-Aziz se referían a la sustitución de impuestos coránicos por otros ilegales como el *tertib* o los *maks*, el establecimiento de un Banco de crédito y la corrupción y derroche del erario público. Al mismo tiempo proclamaron a Muley Hafiz, a quien se le impuso la lucha y vigilancia contra los extranjeros, la abolición de los impuestos ilegales, el reforzamiento de las instituciones islámicas y el reconocimiento de los privilegios de los ulemas y hombres de religión.

Sin embargo, ninguna de estas cláusulas pudo cumplirse, siendo inexorable el avance de los europeos ante la crisis del *Majzén* y la bancarrota del Estado. Finalmente, el general Lyautey impondrá a Muley Hafiz el tratado del Protectorado el 30 de marzo de 1912, no quedándole al Sultán otra posibilidad que la abdicación y el exilio, como su hermano, a la ciudad de Tánger. España se vería finalmente enredada en la cuestión marroquí mediante el acuerdo hispanofrancés de 27 de noviembre de 1912, por el que se estableció la zona de Protectorado español, ratificada por el nuevo sultán, Muley Yussef, el 14 de mayo de 1913. Un sultán a la medida, "piadoso, honrado, pero impotente", como lo califica Charles-André Julien. Paradójicamente, el Protectorado habría de servir para reforzar a dinastía alauí que, en los albores del siglo XX, atravesó el peor período de su historia y estuvo al borde de la desintegración.

Lyautey no aceptó los consejos de quienes insistían en que asentase en el trono al Cherif de Uezzan, descendiente de la dinastía idrissí, la primera que se instaló en Marruecos en el siglo VIII, y consolidó así un sistema político que renacería tras la independencia del país, en 1956, y llegaría hasta nuestros días. Las reformas, sin embargo, siguen siendo, un siglo después, el gran desafío de un reino que no logra dar el paso definitivo hacia su modernización. ■

PARA SABER MÁS

Rafael Sánchez Mantero ha publicado "Las guerras españolas en el patio trasero", en el Dossier "España-Marruecos, atracción fatal", en el núm. 50 de **La Aventura de la Historia**. Rosario de la Torre publicó "Tánger, 1905. Órdago del Káiser", en el núm. 77 de **La Aventura de la Historia**.